

# CIELO

***R. A. Lafferty***

El Vende-cielo, el mismísimo señor Furtivo, hocico de zorro, ojillos de hurón, escurridizo como una serpiente, vivía bajo las Rocas. Hacía mucho tiempo que las Rocas dejaran de ser un complejo habitacional de categoría. Construido en gran estilo sobre un solar mefítico (para transformarlo), la tierra mefítica había ganado la partida. Los departamentos de las Rocas habían ido perdiendo esplendor a medida que se subdividían una y otra vez, y ahora no eran más que oropel. Las Rocas habían envejecido. Sus colores, antaño pastel, eran ahora grises y pardos mortecinos.

Los cinco niveles subterráneos que fueran playas de estacionamiento en los días en que aún eran comunes los vehículos de motor, se habían convertido en

guaridas y conejeras. El Vende-Cielo habitaba en el nivel más bajo, y en la más pequeña de las cuevas.

Sólo salía de noche. La luz del día lo habría matado y él lo sabía. Vendía su mercancía en las sombras profundas de la noche. Tenía unos pocos clientes (aunque selectos por lo extravagantes) y nadie sabía quién era su proveedor. Él decía que no tenía proveedor, que él mismo recogía y elaboraba la mercancía. Celeste Alauda, una muchacha llenita de cuerpo, pero ligera de movimientos (se decía que sus huesos eran huecos y estaban llenos de aire), abordó al Vende-Cielo poco antes de las primeras luces, en el preciso momento en que él empezaba a ponerse sumamente nervioso, aunque todavía no se había escabullido a su cueva subterránea.

—Un cucurucho de cielo para la nerviosa ratita. ¡Salta, o el sol se comerá tu cuevecita!—canturreó Celeste y ya volaba más alto que la mayoría de los cielos.

—¡Date prisa, date prisa! —imploró el Vende-Cielo, arrojándole el cucurucho, los ojos negros trémulos y centelleantes (si alguna vez se reflejase en ellos la luz verdadera, quedaría ciego).

Celeste recogió el cucurucho de Cielo y le amontonó billetes en las manos de palmas peludas. (¿De veras? Si, peludas de veras.)

—Sea chato el Mundo y redondo el Aire, dondequiera que el Cielo bajo tierra vague —salmodió Celeste, llevándose el cucurucho de Cielo y alzando el vuelo con un levísimo rumor de pies (no pesaba mucho, sus huesos eran huecos). Y el Vende-Cielo, de cabeza, se lanzó como una flecha por un agujero oscuro hacia su cueva.

Eran cuatro los que esa mañana iban a practicar Buceo-en-el-Cielo, Celeste misma, Karl Vlieger, Icarus Riley, Joseph Alzarzi; y el piloto era... (no, no quien ustedes piensan, ése ya los había amenazado con denunciarlos a todos; ya no empleaban más a ese piloto)... el piloto era Ronald Kolibrí con su avioneta fumigadora de sembrados.

Pero una fumigadora no llega hasta las alturas escarchadas desde las que a ellos les gustaba lanzarse. Sí llega... si todo el mundo está en Cielo. Pero no está presurizada y no lleva oxígeno. Eso no tiene importancia, no la tiene si todo el mundo está en Cielo, ni si también el avión está en Cielo.

Celeste tomó Cielo con Montaña Whizz, una bebida gaseosa. Karl se lo metió en la boca como si fuese rapé.

Icarus Riley lo lió y lo fumó. Joseph Alzarzi se lo inyectó, mezclado con alcohol bebestible, en la vena principal. El piloto Ronny lo paladeó y masco como si fuese polvo de azúcar. El avión llamado Tordo lo sorbió por el tubo múltiple.

Quince mil metros... Imposible llegar a tal altura en una avioneta fumigadora. Treinta y cinco bajo cero... ¡Ah, eso no es frío! Aire demasiado enrarecido como para poder respirar... con Cielo ¿quién necesita cosas tan obvias como el aire?

Celeste salió al vacío y no bajó, se elevó. Era una treta que practicaba a menudo. No pesaba mucho; ella siempre podía llegar más alto que los demás. Subió y subió hasta desaparecer. Luego volvió a descender con suavidad, totalmente encerrada en una esfera de hielo cristalino, chisporroteante y haciéndoles muecas.

Aullaba y ladraba el viento, y los buceadores se lanzaron. Todos descendieron, planeando, resbalando y dando volteretas, inmóviles al parecer de tanto en tanto; hasta elevándose un poquito. Cayeron sobre las nubes y se tendieron en ellas; nubes blanquinegras, con el sol dentro de ellas, cubriéndoles por arriba y por abajo. Quebraron la esfera de hielo cristalino de Celeste y ella saltó al vacío. Se comieron los frágiles trocitos, muy fríos y quebradizos y con un gustillo a ozono. Alzarzi se sacó la camisa y se asoleó sobre una nube.

—Te vas a quemar -le dijo Celeste—. Nunca te quemas tanto como cuando tomas el sol sobre una nube.

Eso era cierto.

Se sumergieron en la blanquinegrura de aquellas nubes y llegaron a la ilimitada avenida azul techada y pavimentada con nubes. Era la misma avenida en la cual

Hippodameia hacía correr sus caballos, pues no había en la tierra lugar suficiente para que se ejercitasen esos corceles. Las nubes de abajo se doblaron hacia arriba y las de arriba se doblaron hacia abajo, formando un espacio de regulares dimensiones.

—Aquí nosotros tenemos nuestra propia redondez y esfera —dijo Icarus Riley (estos son sus nombres de Buceadores Celestes, no sus nombres legales) —y está aislada de todos los mundos y cuerpos. Los mundos y los cuerpos no existen mientras nosotros digamos que no existen. El eje de nuestro espacio presente es su propia armonía. Por lo tanto, al estar en perfecta armonía, el Tiempo se detiene.

Todos los relojes, al menos, se habían detenido.

—Pero abajo hay un mundo —dijo Karl—. Es un mundo abyecto, y si así lo deseamos, podemos hacer que siga siendo abyecto para siempre. No obstante tiene al menos una vaga existencia, y más adelante lo dejaremos henchirse otra vez con nuestra compasión por las cosas inferiores. Es chato, sin embargo, y debemos insistir en que siga siendo chato.

—Eso es importante —dijo Joseph con la profunda solemnidad de alguien que ha tocado Cielo—. En tanto nuestro mundo sea combado y esférico, el mundo debe seguir siendo chato o deprimido. Pero al mundo no debe permitirsele que vuelva a agachar la espalda. Si alguna vez lo hace, correremos peligro. Mientras siga siendo realmente chato y abyecto no podrá triturarnos contra él.

—¿Cuánto tiempo podríamos caer—preguntó Celeste —si no hubiésemos detenido el tiempo, si lo hubiésemos dejado fluir a su propio ritmo, o al nuestro? ¿Cuánto tiempo podríamos caer?

—En una oportunidad Hefestos rodó por el espacio durante todo un día —dijo Icarus Riley —y en ese entonces los días eran más largos.

Karl Vlieger se había quedado bizco a causa de una pasión sexual internalizada que solía experimentar cuando buceaba. Icarus Riley pareció caer repentinamente bajo los efectos del gas hilarante; este es un indicio de que Cielo no está surtiendo un efecto perfecto. Joseph Alzarsi sintió que un viento frío le recorría la espina dorsal y experimentó una serie de pequeñas sacudidas premonitorias.

—No somos perfectos—dijo Joseph—. Tal vez lo seamos mañana o pasado mañana, porque estamos muy cerca de la perfección. Ganamos un asalto. Y ganamos otro. No desperdiciemos nuestra victoria hoy por negligencia. ¡La tierra ha doblado un poquito su decrepita espalda y nos aprontamos para atacarla! ¡Ahora, muchachos, ahora!

Cuatro de ellos (o quizá sólo tres) tiraron de las argollas. Los paracaídas salieron de sus vainas, se abrieron como flores y se sacudieron. Mientras conversaban, habían estado juntos como las espigas de una gavilla. Pero de pronto, al tocar tierra, se dispersaron en un área de quinientos metros.

Se reunieron. Plegaron los paracaídas. No había más buceo por ese día.

—Celeste, ¿cómo plegaste tu paracaídas con tanta rapidez?—le preguntó Icarus con suspicacia.

—No sé.

—Siempre eres la más lerda de todos nosotros y la más torpe. Siempre alguien tiene que volver a enrollar tu paracaídas antes de que se pueda usar otra vez. Y hoy fuiste la última en aterrizar. ¿Cómo fuiste la primera en estar lista? ¿Cómo lo enrollaste tan bien? Tiene los mismos pliegues que yo le hice esta mañana, cuando te lo enrollé antes de partir.

—No sé, Icarus. Oh, creo que voy a volver a subir, ahora mismo.

—No, ya has navegado y buceado suficiente por esta mañana. Celeste, ¿abriste siquiera el paracaídas?

—No sé.

Ebrios de cielo, a la mañana siguiente volvieron a remontarse. La avioneta llamada Tordo voló hasta alturas nunca alcanzadas por otra nave, ascendió en plena Tormenta. La tierra amortajada de tormenta se encogió hasta el tamaño de la tetilla de una arveja.

—Le vamos a hacer una jugarreta —dijo Celeste—. Cuando uno está en Cielo puede hacerle jugarretas a cualquier cosa y obligarla a que se la aguante. Voy a decir que la tetilla de arveja que antes era el mundo es una nada. Miren, desapareció. Ahora voy a elegir otra, tetilla, esa que está allí, y la llamaré mundo. Y ese es el mundo al que descenderemos dentro de un instante. He trocado mundos en el mundo y el mundo no sabe lo que le ha pasado.

—Está intranquilo, sin embargo.—Joseph Alzarsi habló a través de las fosas nasales abocinadas—. Lo trastornaste. No es de extrañar que el mundo tenga sus momentos de duda metafísica.

Estaban a trescientos mil metros de altura. El altímetro no daba para tanto, pero Ronald Kolibri, el piloto, añadió con tiza los ceros complementarios para que la cifra fuese correcta. Celeste saltó al vacío. Karl Icarus y Joseph saltaron al vacío. Ronald Kolibri dio un paso hacia el vacío, pero sólo uno. De pronto recordó que era el piloto y volvió a la avioneta. Estaban tan alto que el aire en vez de azul era negro y repleto de estrellas. Hacía tanto frío que el espacio vacío estaba lleno de grietas y baches. En un abrir y cerrar de ojos se zambulleron a una profundidad de ciento cincuenta mil metros. Se detuvieron, muertos de risa.

Era vigorizante, era vivificante. Pisoteaban las nubes y las nubes resonaban como tierra escarchada. Esta era la comarca ancestral de toda helada blanca, de toda nieve graneada y hielo transparente. Aquí estaba el hacedor de climas, aquí estaba hijo-viento. Entraron en cavernas de hielo mezclado con morena, encontraron hachas de cuerno y huesos de hemición; encontraron carbones todavía en ascuas. Los vientos aullaban y cazaban en jaurías a través de los abismos. Aquellas eran las frías nubes Fortianas, situadas a gran altura.

Descendieron hasta más abajo de Tormenta, encontraron un sol nuevo y un aire nuevo. Era pleno verano en el cielo era pleno otoño.

Volvieron a caer, millas y millas, al pleno verano celeste, el aire era tan azul que para proteger su superficie formaba sobre ella una pátina violeta. Alrededor de ellos volvió a formarse su propio espacio, como lo hacía todos los días, y el tiempo se detuvo.

¡Pero no el movimiento! El movimiento nunca se detenía con ellos. ¿No os dais cuenta que la nada en un vacío puede aún estar en movimiento? ¡Y cuánto más ellos, los de la gran lucidez! Allí estaba la Dinámica; allí estaba la vorágine sustentadora; allí estaba la suprema serenidad del movimiento febril.

Pero, ¿no es el movimiento una mera relación de espacio y tiempo? No. Esa es una idea común entre los pueblos que viven en mundos, pero es una idea subjetiva. Aquí, más allá de la posible influencia de cualquier mundo, había movimiento vivo sin puntos de referencias.

—Celeste, hoy se te ve muy diferente —dijo Joseph Alzarsi, perplejo—. ¿Qué te pasa?

—No sé. Es maravilloso estar diferente y yo soy maravillosa.

—Te falta algo —dijo Icarus—. Creo que lo que te falta es un defecto.

—Si no tenía ninguno, Icarus.

Estaban en el momento supremo y eterno, y no tenía fin, no podía tenerlo, todavía hoy continúa. Cualquier otra cosa que aparente suceder, no es más que un paréntesis de ese momento.

—Es hora de volver a reflexionar —musitó Icarus luego de un momento. No hay tiempo ni devenir en el Momento, pero lo hay en el paréntesis—. Espero que esta sea la última vez que tengamos que reflexionar. Nosotros, naturalmente, estamos en nuestro propio espacio y más allá del tiempo y lo tangencial. Pero la tierra, tal como es, se está acercando, con tremenda soberbia y velocidad.

—¡Pero para nosotros no es nada!—dijo Karl Vlieger repentinamente poseído por una pasión ctónica y fálica—. ¡Podemos aniquilarla! ¡Podemos hacerla saltar en pedazos como una paloma de arcilla! ¡No puede atropellarnos como un perro enloquecido! ¡Baja, mundo! ¡Fuera, perro! ¡Fuera, te digo!

—A un mundo le decimos "arriba" y sube, y a otro le decimos "fuera" y se va fuera —habló-en-cielo Icarus con su serenidad dinámica.

—Todavía no —acotó Joseph Alzarsi—. Mañana seremos totales. Hoy no lo somos aún. Posiblemente podríamos hacer añicos el mundo igual que una paloma de arcilla si lo quisiéramos, pero si tuviésemos que hacerlo añicos no seríamos sus dueños y señores.

—Siempre podríamos hacer otro mundo —dijo Celeste con buen tino.

—Desde luego, pero esta es nuestra prueba. Iremos a él cuando agache el lomo. ¡No podemos permitirle que se nos abalance echando espuma! ¡Detente! ¡Ni un paso más, te lo ordenamos!

Y el mundo que avanzaba como una tromba se detuvo, acobardado.

—Bajaremos nosotros -dijo Joseph—. Sólo le permitiremos subir cuando esté debidamente domado.

("E inclinaron los cielos y descendieron").

Una vez más tres de ellos tiraron de las argollas. Y los paracaídas salieron de sus vainas, se abrieron como flores y se sacudieron. En su momento, habían estado juntos

como las espigas de una gavilla; pero ahora, al descender a la tierra, repentinamente se dispersaron en un área de quinientos metros.

—Celeste, hoy ni siquiera te has puesto el paracaídas!—boqueó Icarus con cierta alarma cuando se hubieron reunido nuevamente—. Eso era lo que te veía de diferente .

—No, sospecho que no lo traje. No había ninguna razón para que lo trajese si no tenía necesidad de él. En realidad, nunca hubo una razón para que yo usara un paracaídas.

—Ah, hoy éramos totales y no lo sabíamos —aventuró Joseph—. Mañana ninguno de nosotros usará paracaídas. Es más fácil de lo que había pensado.

Celeste buscó esa noche al Vende-Cielo para comprarle otro poco de Cielo. Al no encontrarlo en las sombras más cercanas a las Rocas, bajó y bajó, guiada por el olor fungoide y la humedad poblada de ecos de los subsuelos. Atravesó pasadizos que eran obra del hombre, pasadizos naturales, pasadizos que no eran naturales. Algunos de ellos, es verdad, habían sido alguna vez construidos por hombres, pero ahora al revertirse, se habían transformado en las cavernas más profundas y aberrantes. Celeste descendió hasta la negrura total donde había cosas pequeñísimas que aún musitaban un débil color blanco; pero ese color blanco no era el verdadero y tampoco las cosas tenían la forma verdadera.

Estaba la blanca forma muerta de las masas de Micelión, la grotesca del Agárico, la deformidad del Mortífero Amanita y del Morel. El gris lechoso del Lactario brillaba en la oscuridad como linternas sin luz; estaba el blanco-azulino del Engañoso Clitociba y el blanco-amarillento del César Agárico. Estaba el mórbido blanco fantasmal del más mortífero y el mas extraño de todos ellos, el Amanita Muscaris, y un topo lo estaba recogiendo.

—Topo, trae Cielo para su Majestad Serena, Topito, para la Reina Donosa y para los Bellos Favoritos —desafinó Celeste. Todavía estaba ebria de Cielo, pero el efecto empezaba a desvanecerse y ya sentía la agudísima punzada de la angustia.

-Cielo para la Reina de los zánganos estridentes, con sus huesos huecos y su corazón doliente —salmodió con voz hueca el Vende-Cielo.

—¡Y fresco, oh, lo quiero fresco, cielo fresco! —gritó.

—Nada es fresco con estas criaturas —le dijo el Vende-Cielo-. ¡Lo quieres rancio, oh tan rancio! Malsano y añejo y con su propio moho mohoso.

—¿Cuál es? —preguntó Celeste—. ¿Cuál es el nombre del hongo de que lo extraes?

—El Amanita Muscaris.

—¿Pero no es ese un hongo venenoso?

—Ha trascendido esa fase. Se ha sublimado. Su simple veneno en su segunda fermentación se ha convertido en narcótico.

—Pero parece tan poca cosa que sólo sea narcótico.

—No sólo narcótico. Es algo muy especial entre los narcóticos .

—¡No, no, no es para nada narcótico! —protestó Celeste—. Es liberador, aniquila mundos. Es el Supremo Absoluto. Es el movimiento y el desprendimiento mismo. Es el sumum. Es la maestría.

—Bueno, entonces es la maestría, señora. Es la más sublime y la más abyecta de todas las cosas creadas.

—No, no —volvió a protestar Celeste—, creada no.

No nació, no fue hecha. Eso yo no lo podría soportar. Es la más sublime de todas las cosas increadas.

—Toma, toma—gruñó el Vende-cielo—y vete. Algo empieza a encrespase dentro de mi.

—¡Me voy! —dijo Celeste -y muchas veces volveré por más.

—No, no lo harás. Nadie vuelve jamás muchas veces en busca de Cielo. No volverá nunca. O una vez. Creo que tú volverás una vez.

A la mañana siguiente volvieron a ascender, la última mañana. ¿Pero por qué dijimos que fue la última mañana? Porque para ellos no había ya divisiones ni días. Ahora sólo había para ellos un último día eterno y nada podría interrumpirlo.



Subieron en la avioneta que una vez se llamara Tordo y ahora se llamaba Águila Eterna. Durante la noche la avioneta se había repintado con un nuevo nombre y símbolos nuevos, algunos de ellos no comprensibles a primera vista. La avioneta inhaló Cielo con sus tubos múltiples, y sonrió y rugió. Y la avioneta ascendió.

¡Oh! ¡Jerusalén de los Cielos! ¡Cómo subió!

Todos ellos habían alcanzado la perfección y nunca más volverían a necesitar Cielo. Eran Cielo.

—¡Qué pequeño es el mundo!—repicó Celeste—. Los pueblos parecen huevecitos de moscas y las ciudades no más grandes que moscas.

—Es injusto que una criatura tan innoble como la Mosca tenga un nombre tan excelso—lamentó Icarus.

—Eso lo arreglo yo —canturreó Celeste—. Promulgó un edicto: " ¡Que mueran todas las moscas de la tierra!" -Y todas las moscas de la tierra murieron al instante.

—No estaba seguro de que pudieras hacer eso —dijo Joseph Alzarsi-. El daño ha sido reparado. Ahora nosotros adoptaremos el noble nombre de Moscas. ¡No hay más Moscas que nosotros!

Los cinco, incluso el piloto Ronald Kolibri, saltaron del Águila Eterna al vacío sin paracaídas.

¿Te las arreglarás? —le preguntó Ronald a la avioneta que se columpiaba.

—Por supuesto —dijo la avioneta—. Creo que sé dónde hay otras Águilas Eternas. Buscaré compañera.

No había nubes o bien ellos habían adquirido la capacidad de ver a través de las nubes. O tal vez fuese que, al reducirse la tierra al tamaño de una bolita, las nubes que la rodeaban eran insignificantes.

¡Luz purísima que emanaba de todas partes! (También el sol se había reducido a una insignificancia y no contribuía mucho a la luminosidad.) Movimiento puro e intenso sin punto de referencia. No se dirigían a ninguna parte con su intenso movimiento (ya estaban en todas partes o en el sobrecargado centro de todas las cosas).

Pura fiebre fría. Pura serenidad. Impura pasión hiperespacial de Karl Vlieger y más tarde de todos ellos; pero por lo menos era puramente exuberante. Belleza arrolladora en todas las cosas junto con una escabrosidad excelsa que tenía la fealdad necesaria y suficiente para llevar al éxtasis.

Celeste Alauda era una criatura mítica con nenúfares en el pelo. Y no se dirá lo que Joseph Alzarsi llevaba en el suyo. ¡Un ahora-es-siempre, un millón o un billón de años!

¡Ninguna monotonía, no! ¡Magnificencia! ¡Escenarios vivos! ¡Paisajes! Las escenas se formaban y duraban un momento o una eternidad. Mundos enteros se formaban en un grávido vacío: no meros mundos esféricos, sino dodecaesféricos, y otros muchos más intrincados que éstos. No tan sólo siete colores para combinar, sino siete a la séptima y otra vez a la séptima.

Estrellas vívidas a la luz resplandeciente. ¡Vosotros, los que habéis visto estrellas sólo en la oscuridad, callad! Asteroides que ellos devoraban como cacahuets, porque ahora todos eran gigantes metamórficos. Galaxias como rebaños de elefantes enfurecidos. Puentes tan extensos que cada uno de sus extremos se alejaba más allá de los límites de la velocidad de la luz. Cascadas, de un agua sutilísima, que saltaban las constelaciones galácticas como si fuesen guijarros.

A causa de un movimiento torpe, Celeste extinguió al viejo sol con uno de esos torrentes saltarines.

—No importa—le dijo Icarus—. De acuerdo con la escala de tiempo de los cuerpos, habían pasado un millón o un billón de años, y el sol con seguridad había llegado a sus días mortecinos. Siempre tienes la posibilidad de hacer otros soles.

Karl Vlieger estaba lanzando rayos de millones de parsecs de longitud y estableciendo con ellos contactos envolventes con galaxias consteladas.

—¿Están seguros de que no estamos gastando tiempo?—preguntó Celeste con cierto temor.

—Oh, todavía el tiempo se gasta a si mismo, pero nosotros estamos a salvo fuera de su alcance —le explicó Joseph-. El tiempo no es más que un método muy ineficaz para contar los números. Es ineficaz porque está limitado a sus propios números, y porque el que cuenta con ese sistema debe morir cuando ha llegado al final de la serie. Ese solo hecho debería invalidarlo como sistema matemático; en realidad, no debería enseñarse.

—¿Entonces nada puede dañarnos jamás? —Celeste quería asegurarse.

—No, nada puede tocarnos excepto dentro del tiempo y nosotros estamos fuera de él. Nada puede chocar con nosotros excepto en el espacio y nosotros desdeñamos el espacio. ¡Acábala, Karl! Tal como tú lo haces es mariconada.

—Tengo un gusano en mi propio tracto y me mordisquea un poquito—dijo el piloto Ronald Kolibri—. Está en mi espacio interno y está masticando a una buena velocidad.

—No, no, eso es imposible. Nada puede alcanzarnos ni dañarnos—insistió Joseph.

—Yo tengo un gusano propio en un tracto aún más recóndito —dijo Icarus—, ese tracto que nunca llegaron a localizar en la cabeza, ni el corazón, ni las entrañas. Quizás este tracto siempre estuvo fuera del espacio. Oh, mi gusano no muerde, pero se mueve. Tal vez estoy cansado de estar fuera del alcance de todo.

—¿De dónde nacen estas dudas? —La voz de Joseph sonaba llorosa—. No los tenían hace un instante, hace apenas diez millones de años no los tenían. ¿Cómo los pueden tener ahora cuando no hay ningún ahora?

—Bueno, en cuanto a eso —empezó a decir Icarus (y transcurrió un millón de años)—, en cuanto a eso tengo una especie de curiosidad cósmica acerca de un objeto de mi propio pasado —(transcurrió otro millón de años)—. Un objeto llamado mundo.

—Bueno, entonces satisface tu curiosidad —le replicó Karl Vlieger-. ¿Ni siquiera sabes cómo hacer un mundo?

—Claro que sé, ¿pero será el mismo?

—Sí, si eres lo bastante hábil. Será el mismo si lo haces idéntico.

Icarus Riley hizo un mundo. No era muy hábil y no fue exactamente el mismo, pero se parecía un poco al viejo mundo.

—Quiero ver si algunas cosas siguen estando allí —gritó Celeste—. Acércalo un poco.

—Es improbable que tus cosas sigan estando allí —dijo Joseph—. Recuerda que quizá hayan pasado billones de años.

—Si yo las puse, las cosas seguirán estando allí —insistió Icarus.

—Y no lo puedes acercar porque ahora toda distancia es infinita —afirmó Karl.

—Puedo al menos enfocarlo mejor —insistió Icarus, y lo hizo. El mundo apareció muy cerca.

—Nos recuerda como lo haría un cachorro —dijo Celeste—. Miren viene brincando hacia nosotros.

—Más parece un león saltando para atacar a un cazador encaramado en un árbol —refunfuñó Icarus—. Pero nosotros no estamos encaramados.

—Nunca podrá alcanzarnos, y quiere hacerlo —le rebatió Celeste—. Bajemos a él.

("E inclinaron los cielos y descendieron").

Algo muy singular le sucedió a Ronald Kolibri al tocar tierra. Pareció sufrir un ataque. La cara desencajada con expresión casi de terror, no contestaba a los demás.

—¿Qué pasa, Ronald?—le imploró Celeste, enfatizando con su angustia- ¡Oh! ¿qué pasa? ¡Alguien que lo socorra!

Entonces Ronald Kolibri hizo una cosa más insólita aún. Empezó a doblarse y romperse de abajo para arriba. Los huesos se astillaban lentamente y lo atravesaban y las entrañas le chorreaban a borbotones. Se comprimió . Se hizo añicos. Se derramó. ¿Puede un hombre derramarse?

El mismo tipo de ataque acometió a Karl Vlieger: la misma cara desencajada y de terror, el mismo doblarse y romperse de abajo arriba, la misma repulsiva secuencia.

Y Joseph Alzarsi cayó en el mismo estado de desintegración, cariacontecido y haciéndose añicos.

—Icarus, ¿qué les ha pasado?—gritó Celeste—. ¿Qué es ese retumbar lento y estridente?

—Están muertos. ¿Cómo pudo pasarles eso? —se sorprendió Icarus, trémulo—. La muerte es del tiempo y nosotros no.

icarus mismo pasó a través del tiempo al estrellarse en la tierra, rompiéndose, volcándose más repulsivamente que cualquiera de los otros.

Y Celeste tocó tierra, se estrelló, y entonces... Oyó su propio lento y estridente retumbar al caer.

(Transcurrió otro millón de años, o algunas semanas).

Una vieja temblona bajaba con sus muletas por los pasadizos de medianoche que hay bajo las Rocas. Era demasiado vieja para ser Celeste Alauda, pero no demasiado vieja para una Celeste que había vivido millones de años fuera del tiempo.

Ella no había muerto. Era más liviana que los otros, y además antes lo había hecho dos veces y salvado el pellejo. Pero eso fue antes de que conociera el miedo.

Naturalmente, le habían dicho que nunca más volvería a caminar; y ahora, contra toda la lógica, estaba caminando con muletas. Guiada por el olor fungoide y la humedad poblada de ecos, siguió bajando hasta la oscuridad total donde cosas pequeñísimas resplandecían con el color blanco que no era el verdadero y cuyas formas tampoco eran las verdaderas. Sólo una cosa deseaba, y sin ella moriría.

—¡Cielo para la salvación del Vejestorio Clueco! ¡Cielo para curar mi huesecillo hueco! —cacareó con su voz cascada. Pero sólo le respondió el eco de su propia voz.

¿Acaso un Vende-Cielo vive eternamente?